

DOMA

Carina Maguregui

**A Mini y a Gauchito
padres excepcionales
cuya valentía encandila,
héroes del amor
en una lucha sin fin.**

Ángela

Hoy desperté con la palabra imposible en el borde de los pensamientos. Es una mañana fría de invierno. Aún así, el sol dora el follaje de mi mundo abriendo su ramillete de luz sobre la hierba recién despierta. Aún así, imposible.

Me ha pasado tantas veces. Amanecer con una palabra de la que no logro desprenderme sino hasta muy entrada la noche cuando concibo el sueño. Lo sé. Durante el día entero tendré esta sensación, la conozco bien. Sentir a la palabra de turno merodear. Comportándose como si se tratara de una disidente. Imponiéndome su rostro desafiante. Su propósito es que la piense más que al resto. Si su significado no me incomodara tanto la pensaría. Pero, sin excepción, las palabras que toman esta actitud siempre duelen.

Imposible se alimenta de mis atajos. Cuanto más me empeño en eludirla más crece su sombra. En ciertos momentos, cuando el calor del mediodía baja a tocar la frente o las manos no tiemblan, parece retirarse a la periferia del pensamiento. Momentos fugaces. Breves recreos en los que el paisaje se limpia de brumas. ¿Sigue ahí? ¿Ahora? Si me diera vuelta repentinamente la encontraría bien parada exhibiendo su sonrisa oscura. Otra vez en el centro. Imposible central.

Es más que una palabra. Por ejemplo, ahora mismo, abrazar a mi hijo y estar con mi gordo amoroso es imposible. Salir al jardín, imposible. Recoger las últimas hojas que el viento arranca a mis árboles, imposible. Ver cómo juega mi gata. Oler la tierra mojada. Juntar las ramas para mantener encendido el hogar en la noche. Volver al hogar. Imposible.

* * * *

Las paredes de esta habitación están interminablemente vacías de cuadros y el cielorraso me respira su humedad sobre la frente. Es una intimidante habitación-caja y vanos resultan mis esfuerzos por desviar la mirada de sus decoraciones metálicas.

Durante la espera los sentidos se agudizan, especialmente el oído. Los sonidos que provienen del otro lado de la puerta se tornan hilo fino para colarse en la cerradura de los tímpanos.

En el pasillo las ruedas giran y los chirridos del rozamiento contra el suelo me ponen en estado de alerta. ¿Vendrán a buscarme? ¿Ahora?

Mis oídos reconstruyen con mirada táctil la gélida arquitectura de los corredores, me murmuran los materiales que no advierten los sordos cotidianos o los libres o los sanos. El lejanísimo zumbido de un tubo fluorescente al borde del agotamiento. Los tenues lamentos a media voz y en penumbras. El agónico aleteo de una mosca achicharrándose al calor de la luz. Sólo yo creo oír los rumores de estos fenómenos en miniatura.

Cada sonido de ruedas que proviene del pasillo preanuncia el momento. Si las oigo girar más cerca imagino que la camilla está próxima a mi puerta, entonces siento el corazón como si tuviera paredes de goma y me pregunto ¿cuánto puede estirarse sin ceder?

Las ruedas giran una vez más y una vez más contengo la respiración. Pero no. Todavía no. Dijeron que vendrían a buscarme a las 07:30.

* * * *

Mientras Ángela vive la incertidumbre de la espera, ellos, dispuestos a intervenir, inician los preparativos y comienzan a desplegar el escenario de operaciones.

Rutinariamente la primera etapa del procedimiento tiene lugar en la sala designada, al tiempo que el rodado se dirige con premura hacia la habitación en busca del sujeto.

Esta fase inicial comprende, entre otros detalles, la puesta a punto de los cortantes utensilios plateados, el chequeo de los potentísimos focos de luz, la calibración de los equipos eléctricos y el ordenamiento meticuloso, por tamaño y filo, de todos los instrumentos necesarios para una eficaz intervención.

Ellos acercan los guantes nuevos a los orificios nasales y mientras esperan al próximo, aspiran el penetrante olor del látex como los desesperados aspiran pegamento.

Se disponen a interrogar uno de tantos cuerpos. El de Ángela. “Llegado el momento no dudaremos en poner sobre esta mesa reluciente, en la que el rostro mismo de la muerte suele reflejarse, todo nuestro saber táctico y estratégico con el fin de extirpar los errores enquistados en los órganos. Intervenimos con el claro objetivo de reestablecer el orden visceral, nuestra función es erradicar aquello que desentone, que no corresponda”, dicen con voces de barítonos.

Proclamados vigilantes de la soberanía orgánica, nacieron para ser

interventores. Es sabido que con ese pulcro talento se nace, como un pura sangre. No son suficientes el oficio y el entrenamiento, hacen falta ese brillo frío en los ojos del cerebro y ninguna duda en la racionalidad del pulso, relojeriles capacidades, ambas, vedadas a la mayoría de los mortales. Pero ellos son definitivamente diferentes.

Nada les brinda más orgullo que presentarse como expertos. Cuando tienen una milésima fracción de tiempo libre (ocasión excepcional, ya que en todo momento se hallan enteramente abocados a las intervenciones y a los operativos de emergencia que requieren de su pericia) puede vérselos en cenas a beneficio, en inauguraciones, en alguna función de gala del Teatro Colón y en determinadas conferencias de consolidado prestigio.

Como toda casta, los expertos poseen una rigurosa organización jerárquica con títulos, grados, códigos, lealtades y juramentos. Su manifiesto está atravesado por una máxima medular que tiñe cada uno de sus actos: "Atender los intereses del bien común".

* * * *

Dijeron que vendrían por mí a las 07:30.

Pasó ya hora y media más de la indicada y el aire enrarecido por mi propio miedo puede cortarse con una sierra. Sé que en cualquier momento oiré las ruedas de la camilla, pero en este instante todos los sonidos parecen estar sumergidos en el lecho de un silencio pastoso. Tengo la sensación que sólo mi miedo hace ruido.

Hubiera preferido que fueran puntuales y que el golpe tajante ocurriera a tiempo y de una vez. ¿Para qué postergar lo impostergable? Pero esta demora que me crispa los nervios al extremo de hacerlos arder, es consecuencia de un operativo urgente que alteró la programación del día, por lo tanto, yo debo esperar.

¿Quién hará que la paz regrese a mi lengua para volver a nombrarla?

* * * *

A medida que pasan los minutos, el miedo segregado por las glándulas de Ángela es vertido puro, potentemente corrosivo, en el lumen de sus vasos para -de inmediato y en una veloz maniobra- ser recogido por los rápidos de su sangre. La sangre de Ángela distribuye el eco en cada poro y de los poros el terror fluye hacia la habitación. Rebota contra las paredes y regresa a su cuerpo. Miedo retroalimentado. Amplificado. Puesto bajo la lupa de sus oídos, una vez más. Ensordecedor. Ella debe esperar.

¿Qué importa si dijeron que vendrían a buscarme a las 07:30 y ahora son las 11:40? Para ellos el tiempo pasa volando y nada es vital porque yo no me puedo ir a ninguna parte.

El reloj se congela. Experimento un tiempo estático, desprovisto de pasado y privado de futuro. Siempre presente, éste, empalidecido por la sombra de la espera, por la inminencia de algo pavoroso que se anuncia pero no sucede.

Sumergida en el instante del miedo, noto cómo las horas me encadenan al único

tiempo del que quiero escapar.

¿Cuánto dura el pánico?

* * * *

Desde el extremo acodado del pasillo, una tenue vibración toma lentamente la curva y se abre paso. Esta vez, algo gira de modo diferente en el oído de Ángela. Ella se esfuerza con denuedo por identificar el origen de la vibración, por clasificarla.

¿Ruedas de qué? No suenan como las pequeñas, no son de carritos, ni de sillas. Sin duda son de las grandes, quizá de la camilla en la que me llevarán.

La vibración, ahora más cercana, comienza a esparcirse peristálticamente dentro del laberinto de su oreja. Como lo haría un ofídeo sigiloso se enrosca en el martillo, le rodea el yunque y avanza, sin el menor reparo, hacia el nervio auditivo. En el camino, la obligatoria metamorfosis de vibración en impulso eléctrico convierte a esa víbora zumbona en picana del cerebro. El cerebro de Ángela violentado por la información asume que las ruedas de la tabla a la cual la atarán están por detenerse frente a su puerta.

Ella lo sabe: tarde o temprano sucede. Siempre es así.

El camillero empuja la puerta con la cabecera de la camilla y vocifera: "Vengo a buscar a Ángela Zaño. ¿Puede subirse? Rapidito que los del quirófano están apurados."

Las camillas me parecen cada vez más altas. No logro articular una frase, no puedo hablar. Siento que el brillo de mis ojos se apaga como lo hace la llama cuando abandona al pabilo. Me abandona despacito. Despacito también me subo a la camilla y me acuesto.

“Esto no me pasa, no otra vez. No estoy acá, a mí no me lo van a hacer. Voy a escaparme de este cuerpo. No voy a sentir nada. . .” me digo a mí misma, mientras veo pasar sobre mi cabeza la cadena de tubos fluorescentes, enlazados como un gusano de luz mala.

Ellos

Zaño, Ángela.

Historia Clínica: 193719

Fecha de ingreso: 17/01/2002

Edad: 53 años

Paciente que presenta como antecedentes: IRC con tratamiento de hemodiálisis tri-semanal desde hace 12 años, secundaria a poliquistosis renal bilateral con importante compromiso hepático, nefrectomía derecha en 2000, anexo histerectomía total por hemangiopericitoma de miometrio en 1986, 9 accesos vasculares para diálisis entre 1989-2001, 8 de ellos ocluidos, última fístula arterio-venosa en 2001, resección de litiasis renal bilateral en 1975, cuadro de peritonitis y apendicectomía en 1970.

La paciente ingresa para resolución quirúrgica de eventraciones complicadas, secundarias a la cirugía realizada en 2000.

La noche a solas es como estar a solas con los pensamientos. Es estar a solas con los pensamientos mucho más que en cualquier otro momento de la vida. Es quedar sitiado por el cerebro. De noche, el cerebro acecha.

Llevo puesta la cámara de torturas más sofisticada e inexplicable del mundo. Soy portadora de un artefacto de movimiento perpetuo como los dispositivos que imaginaron los inventores de antaño en el papel.

En el caso del órgano superior, su movimiento dura lo que dura mi vida, razón suficiente para considerarlo de duración perpetua ya que la única perpetuidad que conozco es la de mi propia finitud. Todo el tiempo del mundo, el único tiempo que existe, o sea la eternidad, es mi vida. Mientras vivo, el cerebro es eterno. De allí que lo sienta tan extenso, tan vago, tan más allá.

Qué difícil llevar un más allá, aquí dentro. Trasladar tanto mar sobre pies pequeños, terrestres, apenas hechos de huesos. Su peso me deforma la postura y me desvía las elecciones. Aunque me siente derecha y camine erguida, ahí está el dolor de decisión. Y a la noche...

De noche no hay postura que me proteja del accionar de sus lóbulos. Ni hablar de intentarlo boca abajo o de costado, si el cerebro no me quiere dormida cualquier esfuerzo resulta en vano.

Muchas veces pienso, cuando mi cerebro me lo permite, que él mismo pone en peligro su propia integridad. Lo quiera o no, soy su vehículo. No sé qué placer puede hallar al torturarme. ¿Tendrá un propósito que desconozco?

Durante el día susurra o a lo sumo masculla. A veces, muy pocas, parece estar callado. Pero no. El suyo es un silencio de engaño. Puro disimulo frente a ellos. No habla en voz alta aunque bien podrían leerse los labios.

Su caldo es la noche. Me somete a oscuras. Sola. Es cuando me pido a mí misma: "Te ruego que duermas porque si no lo lograrás entonces él se va a adueñar de tu ser". Y por debajo de mi propia arenga siento su discurrir agazapado, su pensar incesante, su asedio continuo. Repta dentro del cráneo, arrastra fragmentos, escupe carozos de mí. Me hace pedazos.

¿Cuánto pesa? ¿un poco más que un kilo? como un kilo de jamón o un kilo de clavos o un kilo de arena o un kilo de estiércol. Apenas un kilo de inmensidad. Más que todo el océano. No, más que toda la Tierra. No, ¿más que un agujero negro? Es un agujero negro del que casi no puedo sustraerme.

Si estuviera en el centro de mi cerebro sería el mismísimo miedo pero desde el borde no puedo más que admirarlo -y temerle, por supuesto-.

No quiero caer en su flujo magmático y ser devorada por fauces pensantes. Aún así siempre estoy asomada. ¿Por qué al borde? El vértigo no me abandona ni un segundo. Más que un borde parece un reparo momentáneo y resbaladizo. ¿Cuándo se formó este camino a su alrededor? La ilusión óptica de acercamientos y alejamientos intermitentes se apodera de mí. Más que un camino parece una zona de tregua. ¿Para qué el punto panorámico? Los mareos me hacen perder el equilibrio. Más que un punto panorámico parece un gran promontorio. Desde el límite del promontorio puedo espialo, oírlo y escrutarlo sin perder el control. Pero el clima apacible de la observación dura poco ya que los cimientos del borde, siempre provisorios, se hacen y deshacen cíclicamente bajo mis pies. Cuando eso sucede comienzo a los manotazos,

*araño lo que luce firme, clavo las uñas como estacas y quedo colgada sobre su cráter.
Entonces el cerebro me mira fijo con su ojo de cíclope en erupción.*

Un ojo que es boca.

* * * *

En el quirófano

-¡Epah, pero qué cara de susto! ¿Cómo puede ser?

-Tiene razón el doctor Carrizio ¡Mire qué cara nos trae! A ver cómo cambia esa carita Zaño, vamos que no es para tanto. No tenga miedo que el doctor no es tan malo como parece.

-Aplicale la anestesia en el brazo izquierdo. No le toquemos el derecho porque tiene una fístula arterio-venosa en uso.

-Bien, no hay problema, se la hago en el brazo izquierdo y en el cuello.

-Ojo, igual tengamos cuidado al manipular. *Be careful* con el brazo derecho en todo momento porque después de lo nuestro la fístula tiene que seguir permeable.

-O.k, ¿es una crónica en hemodiálisis?

-Sí, con antecedentes de accesos vasculares ocluidos. Fíjense cómo tiene los dos brazos.

-Ahhh, pero esto es flor de quilombo. ¿Cuántas fístulas le hicieron?

Además le palpo prótesis trombosadas y también... uyy ¿quién le hizo éstas? son un desastre.

-Sí, en total le hicieron nueve y todas para el reverendo culo, pero no fueron los de acá. Por eso de nefrología nos insistieron bastante para que le cuidáramos la última y se la mantuviéramos permeable.

-Pero antes de hacerle una detrás de la otra ¿no le pidieron doppler de arterias y venas? ¿Laboratorio completo de coagulación tampoco?

-No sé. La verdad es que los de vascular no nos dijeron ni una palabra. No informaron nada. Como la paciente estaba con anticoagulantes se los suspendí hace una semana por la cirugía de hoy. Lo concreto es que mientras no le trombosemos la fístula no hay ningún problema. Lo nuestro es el abdomen. Los brazos son de ellos. Nosotros nos ocupamos de las eventraciones. Que ellos después se arreglen con las fístulas, las prótesis y la mar en coche.

-A ver Zaño, cuando le aplique la otra inyección le voy a pedir que empiece a contar. Igual, usted sabe bien cómo es esto, ya es toda una entendida en el tema. ¿No es cierto doctor Carrizio?

-Pero por supuesto doctor Politi, Zaño tiene un *training* bárbaro en quirófanos. ¿No es verdad Zaño?

¿Me oyó Zaño? ¿Entendió?

-Sí doctor, entiendo todo.

-¡Pero que chucho hay por acá manucho!

-A ver, vamos: 1, 2, 3, 4...

-1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10...

-Así me gusta Zaño, muy bien, siga contando que cuando se quiera acordar ya se despertó y la dejamos cero kilómetro.

* * * *

Según lo consignan las teorías y las prácticas desarrolladas por aquellos que los precedieron en el camino del conocimiento, ellos delimitan el territorio insurrecto en la geografía de Ángela.

Sobre ese anómalo territorio dirigirán todo el arsenal autorizado por la ley (científica).

Con semejante, aunque menos sofisticada, metodología invasiva ellos la habían interrogado previamente, llegando, incluso, a arrancarle trozos con el fin de obtener información. Los buenos interrogatorios se llevan hasta las últimas consecuencias y ellos siempre quieren saber más. ¿Cómo llegó a eso? ¿Cuándo? ¿Por qué? ¿En qué circunstancias?

Necesitan tanta información de Ángela.

* * * *

Las últimas palabras que les escucho decir antes que la anestesia haga efecto son: ..." cuando se quiera acordar, ya se despertó y la dejamos cero kilómetro"...

Cada vez que me operan las repiten en diferentes arreglos:

-“Usted se va de acá recuperada, con cuerda para rato”.

-“Cuando terminemos no la para nadie”.

-“Le aseguro que ésta va a ser la última operación que le haremos”.

-“No se asuste tanto porque el estrés es perjudicial para la cirugía”.

-“Cuando se despierte de ésta, usted misma no lo va a poder creer”.

Y tienen razón, no lo puedo creer. Parece imposible pero vuelve a pasar, una y otra vez.

Recuerdo lo que, hace apenas dos años, me dijeron el doctor Carabelo y el doctor Hurssini cuando desperté luego de la segunda cirugía de riñón:

- “Mire Zaño, la trajimos a terapia intensiva para que pueda aguantarse lo más tranquila posible. Ya sabemos que le duele mucho. ¡Cómo no le va a doler si le sacamos un riñón de siete kilos y medio!

- ¿Sabe qué asadito se puede hacer con un riñón así? ¿No le parece doctor Carabelo ?

- ¡Pero seguro! Por favor, no hablemos de comida que estoy pasado de hambre. ¿Le parece justo Zaño?, me tienen operando desde las ocho de la mañana sin parar y sin probar bocado. Y eso, para un gordito como yo, es terrible, por eso digo que no hablemos de asados.

No, en serio, Zaño, haga de cuenta que le sacamos mellizos, qué digo, trillizos y muy enojados. Fue algo descomunal, usted tenía un riñón grotesco. ¡Gro-tes-co! Mire que tenemos experiencia en estas cosas, pero nunca habíamos

visto semejante masa. ¿No es cierto doctor Hurssini?

- Sí, el riñón estaba totalmente vascularizado, hasta había llegado a causar toda una serie de adherencias en el intestino, por eso, ya que estábamos ahí, le cortamos un tramo de intestino, digamos que era la tripa que ya no le servía más, y de paso también le acomodamos un par de cositas porque se le había hecho un revoltijo feo, todo por el mismo precio ¿Vio que buenos somos?

- No se haga problema que usted va a salir bien, el resto de los órganos con el tiempo se irá reubicando -le dejamos muuuuuucho espacio- y el dolor también irá cediendo un poco cada día.

- Pero además, ¿quiere que le digamos la verdad?: la envidiamos. Aunque le parezca mentira, la envidiamos. . . ¿a quién no le gustaría que en sólo seis horas le quiten de un saque casi ocho kilos? A nosotros dos con estos rollos que tenemos no nos vendría nada mal. ¿No es verdad Carabelo?

- ¡Por supuesto! Vamos Zaño...una sonrisita”.

Una sonrisita.

Hicieron mucho espacio.

En la sala de ateneos

-Permiso doctor Venega, aquí le dejo la historia clínica de Zaño.

-¿Sabe Carrizio que usted la trajo?

-Sí, vengo de UTI, él se la envía.

-Bueno, está bien, ahora la veo, espere un momento.

Ahh, pero este es el resumen de H.C, él dijo que también me mandaba el informe del post-operatorio. Lo que yo tenía que ver era el post.

- No sé, a mí me dio un solo sobre para usted, que es éste y nada más.

- A ver, espere un segundo que lo llamo. ¿Interno 1125, no?

- Sí, 1125 y 1126.

- Habla el doctor Venega, ¿quién es?...ah, pásame con el doctor Carrizio.

Sí, hola ¿Carrizio?, Venega te habla... mirá, acaban de traerme el resumen de la historia clínica de Zaño pero no está el post-operatorio. Ajá, sí. Ajá, ajá. ... bueno, si me lo mandás le doy un vistazo y después del ateneo paso directamente a verla ¿te parece?. . .Antes es imposible, y, no sé, calculá una hora y media más o menos, ¿está bien?, O.K., hasta luego.

Suba y tráigame el informe del post-operatorio.

- Sí, ahora mismo se lo bajo.

Zaño, Ángela.

H. C: 193719

Informe del post-operatorio

La paciente fue intervenida quirúrgicamente el 18/01/2002 para resolver eventraciones, pero dados los hallazgos semiológicos se procedió a realizar colecistectomía, entero-lisis, enterectomía parcial y entero-entero-anastomosis termino-terminal con posterior eventroplastia.

En el post-operatorio inmediato evolucionó con severo dolor abdominal e hipotensión aguda que no respondía a expansión, por lo cual se decidió su traslado a UTI para colocación de vías centrales y manejo de la hipotensión crítica, que aún requiere de inotrópicos para su resolución. Ante la oclusión de la fístula arterio-venosa consecuente a la hipotensión, y no pudiendo interrumpir su régimen de diálisis, se colocó un catéter provisorio Cook por acceso subclavio derecho, presentando como complicación del procedimiento un neumotórax el cual es actualmente drenado con un tubo intercostal de drenaje pleural.

Firma: Doctor Carrizio

En la terapia intermedia

-Hola Carrizio, qué tal.

-Bien Venega, gracias por venir.

-Estuve viendo el informe del post-operatorio que me mandaste. . . se te complicó bastante la cosa ¿no?

-Sí, la verdad que sí. Antes de la cirugía no nos dimos cuenta de las obstrucciones. No sé, no se palpaban y tampoco fueron muy claras las ecografías. Si bien la paciente estaba con mucho dolor y vómitos no nos pareció que hubiera estrangulación. En realidad, nos preparamos para una eventroplastia pero cuando exploramos decidimos resectar. Fijate, quería que vieras estas placas. . .

-Ajá, sí, sí. Entiendo perfectamente. Mirá, pienso -después de lo que conversamos por teléfono y viéndola cómo está- que por el momento el tema de la hipotensión severa es lo más grave, todo lo demás se verá si es que se estabiliza. Pero ahora no me metería a hacer ningún invasivo ¿entendés? Lo mismo con el catéter Cook, trataría de hacerlo durar la mayor cantidad de tiempo porque si no le van a tener que colocar otro pronto. Háganla tirar con éste todo lo posible y si se compensa entonces prueben a ver si pueden desmantelarlo la prótesis obstruída del brazo y ponerle una nueva con un recorrido más largo. A mi criterio, la conducta inmediata es seguir con la

terapia de hiperhidratación pero ¡ojo! porque si, aún así, continúa la hipotensión severa entonces puede ser que se trate de una reacción del cuerpo al dolor.

-Sí, es factible, pero a mí la cuestión del dolor no me preocupa, en lo que sí coincidimos es en seguir con la hiper y en ver la evolución durante las próximas horas, pero si se nos va la mano con la hidratación la vamos a edematizar.

-Y bueno che, si se edematiza después le harán ultrafiltración en la diálisis para sacarle todo el líquido posible.

-Supongo que sí, pero de acuerdo al volumen que le estamos pasando estaríamos hablando de una retención de varios litros.

-Y buehhh. . . ¡no se puede todo, viejo! la cosa es así, prueben y después vean qué pasa.

* * * *

Ellos esquivan los espejos. No soportan ese extrañamiento diario tan decepcionante que surge de mirarse y preguntarse: "¿Cómo, ése soy yo?". La huída de sus propios reflejos –imagino- los obliga a afeitarse a tientas valiéndose únicamente de la guía del tacto: con la mano izquierda barren la zona comprendida entre la base de la nariz y el labio superior, las mejillas y el mentón, con la derecha desplazan el filo de la hoja sobre el área reconocida. De esas breves escaramuzas diarias con la hoja de afeitar nacen pequeños cortes que les imprimen carices duros a sus rostros. Pobres

tipos, siempre en guerra. Cada día libran insignificantes batallas. No pueden con el otro.

* * * *

Lamentablemente la cirugía número 14 de Ángela no resultó como ellos esperaban. Los expertos se faxean informes, resultados de análisis, cuadros comparativos con conteos de sustancias y discuten su cuerpo a viva voz en los ateneos. A la luz de los hechos acaecidos, convertirán a Ángela en el objeto privilegiado de cuidadas ediciones en papel mate. Diversas publicaciones médicas de reconocido prestigio internacional exhibirán sus extractos en las páginas centrales de dossiers extraordinarios. La teratología de sus fragmentos, debidamente aislados e inmortalizados con rigor fotográfico en diapositivas espectaculares, será proyectada en la pantalla del simposio más importante del año. Y los expertos explicarán: “La promiscuidad de estos tejidos aquí expuestos es un ejemplo de las manifestaciones orgánicas que debemos reprimir. Ninguna masa proliferante y no autorizada copará el espacio recuperado al orden. El objetivo principal de intervenciones como ésta apunta al sofocamiento de la rebeldía orgánica. Por más salvaje que sea un cuerpo debe supeditarse a las unívocas especificaciones del formato normalizado. Nuestra consigna es intervenir hasta dejar los cuerpos libres de irregularidades”.

* * * *

Bandera blanca

Luego de tanto tiempo de angustia, el cerebro decidió un alto el fuego. Me dio la impresión que si bien no se rendiría al menos negociaría. Imaginé entonces un poco de paz.

Después de lo que pasó, sé que es extremadamente peligroso pensar en la muerte con la intensidad que lo hacía. Infinidad de veces me pregunté de qué manera la piensa el resto de la gente. Infinidad de veces concluí que es muy probable que no la piense. No hay otra posibilidad. Cómo explicar si no, millones de personas conciliando el sueño sin dificultad noche tras noche de sus vidas. ¡Inconcebible! Tal vez conozcan alguna estrategia cuyo secreto me está vedado. O simplemente quieren creer que van a vivir la eternidad. Preferiría el engaño, lo intenté, pero no funcionó para mí.

Jamás pensé en ella con la asiduidad de los últimos tiempos. A pesar de que siempre tuvo un papel importante en mi escena mental hubieron momentos, algunos duraderos, en los que Muerte pasó a un segundo plano. Los años que actuó su papel secundario, fueron los más distendidos. El problema surge cuando reclama el protagónico. En ese instante, desearía no formar parte de la acción o, lo que es igual, no pensarla.

Mi actitud hacia ella estaba compuesta por una mezcla de dos elementos. Un tanto por ciento de respeto y otro tanto de miedo según las circunstancias y vivencias particulares. El respeto nunca fue producto del miedo sino de la valoración de Muerte como recordatorio. La respetaba por recordarme la finitud, por hacerme notar la tensión del tiempo, por instarme al desafío. Con el miedo, la sensación era diferente. Lo

experimentaba como una emoción más compleja en su constitución. Aunque no logro desentrañar claramente el origen de este miedo, puedo asegurar que lo que me aterraba era la negritud de Muerte. Su siempre final. Su soledad inacabable.

La mujer

La mujer que está en la cama de la izquierda habla en voz baja todo el tiempo.

Habla. Habla. Habla.

Ya no quiero oírla más, pero nuestras camas están muy cerca.

Demasiado cerca.

Necesito espacio. No quiero oírla.

No quiero oír su voz.

Repite sin parar lo que su sobrino le dijo al oído: "Tenés que aguantar. Vos podés. Sé que podés. ¿Sabés por qué? Porque Dios manda este sufrimiento a los espíritus fuertes. Sólo los espíritus fuertes soportan lo inaudito y vos sos un espíritu fuerte".

Estoy harta de oírla repetir espíritu fuerte, espíritu fuerte. Al menos si dijera otra cosa.

Quiero silencio. Necesito silencio.

¿Cuántas veces voy a escuchar sus increpaciones a Dios? ¿Cuántas veces va a repetir y murmurar la historia de las vacas y el matadero?

Otra vez con las vacas...basta...

ahí empieza otra vez con Dios y las vacas.

"Dios...

¿A dónde estás?

¿Te escondés detrás de las luces que encandilan? ¿En aquel rincón, enredado entre las mangueras, donde te sentís seguro?

Sé lo que es eso.

Cuando dejé la escuela fui a trabajar en un frigorífico con empaquetadora propia. Bajaban a las aterrorizadas vacas de los camiones y 34 líneas de montaje después los cortes de lomo, de nalga, de espinazo, terminaban forrados en plástico, acomodados dentro de los congeladores.

A mí me asignaron a una sección que llamaban la “bañadera roja” donde los pedazos de carne pasaban y yo debía meterles los dedos bien profundo y sacarles los coágulos de sangre.

Igual que hacen acá.

Las mujeres no podíamos trabajar en el matadero porque los hombres decían que traíamos mala suerte y éramos mariconas para la faena. Pero yo me escabullía, permanecía a escondidas y observaba.

Primero arreaban las vacas hacia las mangas. Lo hacían a palazos. Los tipos más duchos les daban directo con la picana eléctrica. Muchas vacas vomitaban a granel por el susto y la descarga y otras se resbalaban y caían al suelo. Entonces volvían a recibir golpes.

Ellos mismos las tumbaban y ellos mismos las volvían a picanear para hacerlas levantar. Semejante paliza hacía que las vacas llegaran medio reventadas a la casilla de noqueo.

Dentro de la casilla aturdían más al animal, le pegaban un martillazo en

la cabeza o le disparaban con una 22. La mayoría de las veces este noqueo se hacía mal y las vacas quedaban a mitad de camino entre el sufrimiento y la muerte.

Luego alzaban al animal boca abajo, rápidamente, atravesándole las patas traseras con ganchos de hierro oxidado.

Igual que acá.

De inmediato zzzassss, un corte limpio por la yugular y estaba listo para ser levantado por el aire.

Alto. Más alto.

El animal quedaba colgado, allí, aturdido, sangrando, muriendo de a poco.

Como nosotros.

Pasmado por el shock. Temblando. Vaciándose lentamente entre sacudones y espasmos feroces. Perdiendo la sangre, de a poco.

Igual.

Había un faenador que gozaba pinchándole los ojos a las vacas antes de colgarlas. Se reía como un loco y gritaba: "Che no me jodan con que soy cabrón, lo hago pa que no vean lo que pasa".

Cabrón.

Estos cabrones también tienen el cuchillo fácil.

Yo miro.

Yo miraba a las vacas sacudirse en el aire, desde el rincón donde me

sentía a salvo, con los mismos ojos neutros con los que ahora vos, Dios, me mirás desde tu rincón.

Cuelgo. Cuelgo.

Los matarifes decían que lo mejor de estar pasmado es que no sentís nada. Nada te muerde el alma, nada te atraviesa el corazón y cuando te destajan no sentís nada.

Pero eso es mentira. Las vacas y nosotros lo sabemos”.

La vieja

Cuando la mujer de las vacas por fin se queda callada, empieza la vieja que está postrada en la cama de la derecha. No las aguanto más.

¡Necesito silencio!

¡Quiero que pare todo esto!

Que termine de una vez.

La vieja grita. Grita pidiendo la foto, quiere la foto, aúlla por la foto.

Lo que no alcanzo a comprender es por qué ellos no se inmutan ante sus gritos, no se interesan por la vieja ni la atienden. Sé que eso no significa nada porque a todos nosotros nos ignoran pero ¿nadie piensa hacer algo para que se calle?

En realidad, parece que ellos nunca se hubieran enterado de que la vieja está acá. Pero yo no puedo aguantar más.

Sus gritos son insoportables. Si los oídos tuvieran párpados y pudieran cerrarse al igual que los ojos, yo los cerraría para no escucharla gritar más.

“¡Dénme la foto! ¡Sordos! ¡Malditos, la foto! Mi niña Padre, muere mi niña. ¡Padre Neri, venga a ayudarme! ¡Le ruego, venga! ¿Recuerda la foto de cuando mi niña era niña? Le dije a usted: "Padre pose con ella, sonría, por favor, es el regalo de la comunión". La primera fotografía que se sacaba en el pueblo. Pero qué hermosa está, si hasta parece que flota...un halo blanco la rodea ¿no es así? Allí nomás los muchachos se colaron en la foto. ¿Recuerda Padre? querían

aparecer. ¿No le da que son unos aparecidos? queriéndose pegar a mi niña.

Aparecidos, sí, como fantasmas con trajes prestados, con ropa de los patronos. Qué juego el de los muchachos, no entendían que las alas son para las niñas.

La niña se me muere. Se me murió la niña.

¡La foto malditos, devuélvanme la foto de mi niña!

Ayy Padre, cómo lo quiere a usted. Qué alegría cuando aquél día le dije: "Después de la ceremonia el Padrecito tomará vino dulce con nosotros". De alegría se secaba las lágrimas. Si le hubiera visto el gesto. Ay.

El Cirilo, hijo del farmacéutico, hizo la foto. Fue magia. Nos costó una fortuna. Sacrificio. Sacrificio. Sacrificio. Como si fuera hoy recuerdo las palabras de mi marido -que Dios lo tenga en la gloria-: "Un huevo por semana, nada de leche, apenas con harina y agua nos vamos a arreglar". El agua nunca falta, pensaba yo, gracias a Dios el agüita. Así pudimos hacerle la foto.

¡Malparidos, dénme la foto! ¡Basuras! ¿La recuerda, Padre? mi niña sonriendo en el papel. La noche anterior a la comunión no pudo dormir, me preguntaba: "¿Mamacita, cree usted que soy buena para tomar el cuerpo de Cristo?". Y yo le respondía: "Claro mi niña, la más buena".

¿La recuerda con el vestidito blanco y el rosario? Radiante, inmaculada como un angel. Ya no quiero que tosa. Que no tosa más, por favor.

¡La foooto! Que no tosiera así.

Se me fue temprano la niña.

Quería que usted la casara. Ay Padre, nunca habrá boda.

Cuando niña ella tomó el cuerpo de Cristo, usted mismo se lo dio,
¿entonces Padre, por qué el Cristito me la hizo dormir para siempre?

Mi niña, la más buena.

Mi niña.

¡La foto, ladrones! ¡Dénme la foto, porquerías! ¡Chorros! ¡Que me den la
foto les estoy diciendo!”.

* * * *

Probablemente se la robaron. Sólo los que estamos acá sabemos de lo que son capaces. Nos roban todo. Sí, yo ví cómo se la robaban. Se la aspiraron con fuerza bestial por la sonda de la nariz y la foto quedó atrapada en la bolsa del drenaje. Desde mi cama podía ver el vestido de la niña, ensangrentado, a través del plástico. Se lo ensuciaron todo. Todo manchado adentro de la bolsa. ¿Pero qué iba a decir yo? Si hablás, después viene la revancha: te aspiran tus fotos también. Por eso no hablo. Tengo la lengua entumecida de ver y no decir. Cuando derraman sus baldes de luz sobre mis ojos dejo las órbitas vacías para hacerles creer que no veo nada de lo que sucede aquí, es la única manera de conservar mis fotos. Y ellos se lo creen. En las bolsas de mis drenajes sólo hay sangre, ni una foto lograron aspirarme, ni una.

* * * *

El sonido agudo de una alarma me despierta. Creo que es el monitor de la vieja. Ellos corren hacia su cama. La vieja se ahoga. La rodean con un biombo para que nadie pueda ver. Escucho órdenes, golpes, indicaciones. Me sumerjo en mí porque no quiero oír. No me permito oír. No oigo. No oigo nada hasta que llega el silencio.

Silencio de paro.

De corazón detenido.

**En la terapia intermedia
(al día siguiente)**

-Mirá el hemograma de Zaño. . . ¿pensás lo mismo que yo?

-Y, sí, creo que podría haber hemorragia interna.

-Ubiquen al doctor Carrizio.

-Recién entró a quirófano porque se presentó un operativo de trasplante.

-¡Pucha! Entonces que le pasen un radio a Politi, que venga. No puede ser que con dos transfusiones de sangre el hematocrito siga bajando de esta manera. Por el neumotórax no es, porque el drenaje está por la mitad y la bolsa se la pusieron al mediodía ¿no? ¿La bolsa de Zaño está desde el mediodía?

- . . .

-Pregunté si a Zaño le cambiaron la bolsa de drenaje pleural al mediodía.

-No sé doctor, justo al mediodía es cuando cambia el turno y parece que no lo asentaron en la planilla.

-¿Y quién sabe entonces?

- . . .

-Agarren las planillas de ayer y extrapolen los datos ahora mismo.

-A ver. . . mire doctor, el cálculo ronda los trescientos centímetros cúbicos en diez horas.

-El volumen es importante pero no cierra para estos números. Y los drenajes de la herida tampoco son porque los dos están a un cuarto de la bolsa. Pero así no podemos estar seguros porque no sabemos cuándo le vaciaron las bolsas.

-Y . . .no sabemos.

-Carajo.

-La ausculto pero tiene el abdomen totalmente blando, si estuviéramos frente a una hemorragia deberíamos tener una dilatación importante y no palpo nada.

-Podría ser la entero-anastomosis, aunque no justificaría una caída del hematocrito como ésta, ni tampoco la hipotensión severa. Eso lo tendría que evaluar el doctor Carrizio.

-Sí, pero Carrizio puede llegar a estar nueve horas en quirófano. ¿Le pasaron el radio a Politi?

-Dos veces ya.

-No sé, también puede ser un sangrado ulceroso en estómago o en duodeno por la medicación previa pero como no come ni evacúa no lo sabemos. Por eso diría que, en principio, probemos con una endoscopia y vemos.

-Para cubrirnos yo haría también una colonoscopia, las ecografías pre-cirugía mostraban el colon hiper irritado y pensá que ellos también tocaron intestinos. . .

-Cierto, no me extrañaría que hayan cortado algo ahí. Si es así, va a tener

problemas con la heparina porque mañana la vienen a dializar ¿Qué hacemos, la dializamos igual o esperamos un día más?

-La hacemos dializar igual porque el cuadro general no da margen para otra descompensación y con la cantidad de suero que le estamos pasando la llenamos de líquido como un tanque. Yo dije que era demasiada hidratación pero Carrizio y Venega se encajataron con el suero y viste lo porfiados que son. Pero fijate que está toda edematizada. Si le seguimos pasando suero de esta manera le vamos a reventar el cuore, por eso, como sea y como puedan mañana sí o sí la tienen que dializar.

-Hay que dejarles indicado que le pongan la menor cantidad posible de heparina, aunque por otro lado no debería coagular mucha sangre dentro del filtro porque si no el hematocrito le va a bajar todavía más. Igual eso lo podemos decidir después de ver las imágenes.

-Llamen para que los de endoscopia vengan ahora porque yo en una hora me voy.

-Fijate, auscultala acá. Se queja de fuerte dolor epigástrico pero al tacto la zona está distendida. Ni idea qué puede ser.

-La cuestión es que cuando nos la pasaron a nosotros ellos tampoco sabían y se lavaron las manos.

-Doctor Ferrichan, en endoscopia no hay nadie, parece que sacaron la guardia.

-Putá madre, que venga alguien de gastro, si no se la voy a hacer yo.

-Si decidís hacerla vos entonces apurate porque te dije que yo en una hora me voy.

-Doctor Ferrichan, dicen de gastro que no pueden venir.

-Al carajo, que traigan el equipo, se la hacemos nosotros y terminamos de una vez.

* * * *

Durante mis primeras noches aquí, tuve un sueño recurrente que ya no me abandonó. Me encuentro suspendida frente a una antigua ciudad amurallada del norte de África. El silencio me sostiene en el aire y no me deja caer. Es un silencio macizo, inmemorial, íntimo. Una voz de raza negra convertida en ébano fluido agrieta la matriz muda. Desde lo profundo del silencio su afonía sensual sube haciendo bucles, escala tallando lágrimas, asciende entonando paisajes. Es una voz desértica. Perla sufrida. Susurro deshidratado. A su paso parte almas y niega profecías. No entiendo sus palabras pero de lengua humana nacen, al fin. Es música de garganta exótica. Tiene fonética de escarabajo prohibido, de huesos peregrinos, de dunas distantes. Deseo absorberla. Quiero saborear su hilo de ajenidad vibrante. De pronto calla pero el silencio ya ha sido percolado y no puede con mi peso. Caigo en la medina, ruedo por las callejuelas y soy incapaz de leer los ojos de sus habitantes. No comprendo esos rostros. No puedo llorar en sus funerales. Me digo a mí misma: cuando la voz calle buscaré menta para soportar el hedor a muerte en las curtiembres; cuando calle quedará pasión en especias y sangre derramada sobre el trabajo inhumano; cuando calle haré couscous caliente para aplacar la bestia del hambre frente al peñón. Pero

aunque hablara nuevamente sería como si callara porque no la comprendo. Apenas alcanzo a oír su dialecto mineral y eso es todo. Sólo oír, jamás comprender.

* * * *

Ángela sabe que a la hora de interrogar los cuerpos, la endoscopía es uno de los procedimientos preferidos por los expertos porque les permite obtener una visión perfecta de las paredes que forman el esófago, el estómago y el duodeno facilitando así la tarea de localizar posibles errores en las mucosas, sus tamaños y proporciones. Además la pueden practicar también en el colon, cubriendo así los dos extremos del extenso tubo digestivo sin dejar cabos sueltos.

La tentación endoscópica es muy fuerte y los expertos no logran resistirla. El impulso invasivo se apodera de ellos, arrojándolos una vez más a bucear en las profundidades del cuerpo de Ángela.

Recuerdo que hace unos años aquella doctora, cuyo nombre tengo en la punta de la lengua, me introdujo una sonda con una pequeña cámara que, según ella, transmitía la imagen y la luz a través de fibras de vidrio. En esa ocasión me la metió por la boca y sentí cómo me llegaba hasta el mismísimo confín del estómago. Pocos días después, me la metió por el culo y creí que me hacía encima porque estuvo girándola dentro mío cerca de veinte minutos. Veo que no dejan de insistir, porque ahora preparan sus equipos para penetrarme otra vez.

**En la terapia intermedia
(horas más tarde)**

-¿Quién le hizo endoscopia y colonoscopia a Zaño?

-Fue el doctor Ferrichan.

-¿Por qué no me llamaron?

-Sí, lo llamaron doctor Carrizio pero usted estaba en quirófano.

-A Zaño no había que hacerle ningún procedimiento invasivo en este momento. ¡Ninguno!

-Doctor Carrizio, lo que pasó fue que Ferrichan quería ver si. . .

-Ferrichan no puede hacer algo así sin consultarme. Tendría que haberme llamado al quirófano para preguntar. ¿Por qué no le pasaron un radio a Politi?

-Lo llamaron varias veces pero el doctor Politi llegó después que ellos terminaron de hacerle todo.

-Así como está, en estas condiciones, la diálisis se va a complicar mucho. La vamos a tener que trasladar a terapia intensiva y que la dialicen allá. Ya mismo pásenme los valores sanguíneos y llamen a Venega para que vaya directamente a intensiva, quiero que él esté presente cuando la conecten a la máquina.

* * * *

Los expertos asientan los resultados de sus careos en planillas, los adjuntan en informes, los distribuyen en archivos para luego discutirlos con fervor castrense como si Ángela no estuviera allí.

Ellos consideran que algo está muy mal adentro y entonces decretan el estado de sitio a mi organismo. Con sus bisturíes, catéteres y sondas trastocan mis fronteras sistemáticamente al punto de convertirme en una inmigrante ilegal de mí misma. Insisten en que deben extirparme de mi cuerpo lo antes posible para reubicarme. Pero ¿dónde? ¿Cuál es el domicilio para alguien como yo? ¿Existe una especie de limbo para la gente como nosotros?

Lo imagino como un lugar hacia el que te despachan vaciado de pertenencias internas, pálido y con menos peso. Liviano. Tan liviano como no tener documentos y no ser nadie. Tan nadie que no se note la diferencia al desaparecer.

Los expertos se acostumbraron a las desapariciones, así es su profesión. Lo que el saber popular llama gajes del oficio talló en ellos duras escamas, las pieles reptílicas los cubren de pies a cabeza otorgándoles el aspecto de lagartos acorazados. Sin embargo, algunos de ellos, por cierto pocos, y en raras ocasiones, experimentan un dejo de incomodidad ante la desaparición, algo remotamente parecido al sentimiento. Pero dado que la excepción confirma la regla, la mayoría se refiere a las defunciones como “casualties of war” porque toda guerra tiene sus pérdidas.

Sala de terapia intensiva

Veinte días después

Cuando la media hora de visita autorizada termina, los familiares deben abandonar el lugar y tras ellos se fuga la única esperanza de rescate. Nadie cree en la teoría del complot, ni siquiera los maridos, esposas, hijos, sobrinos o amigos. Nadie de afuera les cree.

Ángela piensa que no le creen porque lo único que hace su hijo es repetirle las frases que los expertos ponen en su boca: “No te asustes mamá, muchas de las cosas horribles que ves o escuchás acá no son reales, eso te pasa por el efecto de las drogas. Los doctores me explicaron que los químicos que te dan son muy potentes y alteran tu percepción de la realidad”.

En este lugar somos colocados fuera de lo humano, en el centro de otra realidad donde sucede lo inimaginable. Telones mayores y telones menores se descuelgan para exponer la arena en la que verdaderamente nos batimos. Estamos cercados por la alambrada de delantales. Inmovilizados algunos, atados otros, los testimonios de los que aún podemos hablar -porque todavía respiramos sin aparatos- son considerados parloteos delirantes.

¿Quién le puede creer a alguien que nadie oye?

* * * *

“¿Ángela, estás? ¿Todavía estás? Soy yo quien te lo pregunta: Ángela.”

Sí, todavía.

¡Aún persevero!

Para mantenerme atenta debo mirar el lago, debo focalizarme en su superficie cristalina. Desde la cubierta observo el lago. Pero este paisaje trae consigo la sed. Vuelvo a sentir la sed, la penosa sed que reverbera como impropio agua seca por los tajos de mi boca. Siento llamas en la garganta y los cables que entran y salen de mi cuerpo me apresan, me inmovilizan, me atornillan a la cubierta y me impiden alcanzar la humedad del lago. Aunque se encuentra a unos pocos metros de mi cama no logro llegar a su orilla para calmar la sed. Dentro mío fluye fogosa agua invertida, opuesta a la del lago, agua a contranatura que seca todo cuanto toca y aviva el fuego que la abrasión constante de la sonda enciende en mis tejidos. Los quema y troca sus suaves empalizadas por andrajosa felpa con guardas de llagas. El continuo frotar de la sonda aumenta el caudal de sequedad y me hace sangrar la nariz, su deshidratante catarata desciende hacia el fondo de mi estómago transformada en una columna de polvo macizo, de tierra compacta que pretende asfixiar las entrañas con su peso. Mastico polvo caliente, trago brasas de tierra. Ellos dicen que no me dan agua porque podrían disolverse las suturas de mis intestinos. ¿Pero cuánto más podrán soportar mis otras suturas?

La sombra

Al hombre que está en la tercera cama le sacaron todo. Le robaron su ser. No sólo fotos. Le aspiraron la persona. Todo afuera. Todo afuera. Lo dejaron sin consistencia. La ambición los pierde, cada vez quieren más. Nos quitan lo nuestro y lo venden en el mercado de carnes raras. Ellos son traficantes de sangre, mafiosos con olor a formol.

¿Pero quién le cree a alguien que nadie oye?

Ahora el hombre es sombra.

La sombra de la tercera cama se para al lado mío, mientras la nube de órganos que eran él flota sobre el lugar. Ver esta errática bandada de pedazos suyos volando por encima de mi cabeza me provoca arcadas nauseabundas. La sombra también mira asqueada, como si esa formación aérea ya no le perteneciera. Mientras tanto, ellos despliegan sus hondas y a los pedrazos bajan los órganos que les parecen interesantes, los que tienen potencial para la subasta. Uno de los hondazos no acierta el blanco y da en mi costado. El chorro de sangre que me sale del pulmón derecho salpica a la sombra. La sombra espantada vuelve a la tercera cama, se acuesta sobre el hombre que era. Ellos vienen a remediar el inconveniente y ponen un tubo grueso entre mis costillas para que la sangre no salpique más.

Cabeza

Traen a uno nuevo.

Otro más.

Ya perdí la cuenta de los que somos. El lugar está repleto.

Al nuevo sólo le veo la cabeza. Su cabeza de lado. Todavía está entubado, la sábana le cubre el resto del cuerpo. ¿Habrán dejado algo del cuello para abajo?

Quizá sea apenas una cabeza y cuando se vaya de acá lo haga rodando. Cabecita rodante para hacer viajes. Práctica cabeza que se acopla al auto y puede recorrer toda la Argentina. “¡Qué rico país! ¡Qué variedad de climas y regiones! ¡Cuánto campo! ¡Qué cantidad de vacas!”, dice la gente, entonces ¿por qué nos estamos extinguiendo?

A cabeza le sacan el tubo de la boca pero durante el tironeo le rompen dos muelas. ¿Qué son dos muelas cuando se ha perdido el cuerpo? Nada. Hay cosas peores, como esos artefactos con ojos que ellos ponen a su alrededor para que lo miren fijo todo el tiempo.

Cuando cabeza despierte lo primero que va a pedir será su sombrero, porque siendo sólo una cabeza la manera de no estar desnudo es poniéndose el sombrero. No creo que se lo den. Cada vez que les pido mi ropa para irme me dicen que está bien guardada, que no me preocupe. Sí, bien guardada. Se la robaron. Y al pobre cabecita le va a pasar lo mismo, en cualquier momento le desaparecen el sombrero.

Desde aquí puedo verle una barba incipiente, si cabeza levanta cabeza y reacciona ¿cómo se va a afeitar sin brazos? Si es por los de acá nadie va a ayudarlo, al

pobre cabeza le crecerá la barba hasta donde ya no tiene los pies. Ellos sólo se interesan por los fluidos, las vísceras y las extremidades, y en estas circunstancias, cabeza ya no tiene nada que ofrendar. Dividirlo más es imposible.

* * * *

¿Qué hora es? ¿Qué día es? Qué curioso, en este lugar no hay tiempo pero de todos modos me consumo. ¿Cómo puede suceder algo así? No entiendo dónde estoy habitando entonces.

¡Aaaahh, al nuevo algo de cuerpo le dejaron porque distingo movimientos debajo de su sábana! ¡Cabeza aún conserva otras partes de sí! Ellos se acercan a él y hablan pero no puedo escuchar nada porque lo último que inyectaron en mi cánula me atontó los oídos y los tengo llenos de zumbidos. Pretenden que cabeza se esté quieto, lo noto en sus muecas, en su nerviosismo.

Es la primera vez desde que me tienen en el lugar que los veo preocupados, ni siquiera imaginé que ellos podían preocuparse. Van y vienen, fruncen los ceños, hacen gestos de desaprobación. Parecen haber perdido el control. Creo que lo quieren sostener porque cabeza se sacude mucho.

Ponen un biombo.

¿Qué estará pasando con cabeza?

* * * *

No sé si dormí unos minutos, unas horas o me desmayé o si aquí siento esta clase de tiempo-cero como si fuera una pesadilla vívida interrumpida por brotes de vigilia.

El biombo ya no está y cabeza tiene torso pues la sábana doblada permite divisarle el cuello, los hombros y parte de los brazos.

¡Bien por cabeza!

El zumbido de mis oídos ha emigrado momentáneamente dejando lugar al sonido de las alarmas de las máquinas, los monitores y las bombas de pulsación. De pronto, los oigo acercarse, vienen a rotarme para que no críe escaras, acomodan todo el cablerío que recorre mi cuerpo y me ubican de lado.

Mi mirada queda fija en cabeza.

Creo que no me ve, quizá cabeza no pueda ver a nadie ni a nada. Mejor así. ¿De que te serviría ver en este lugar? No cabeza, mejor así. Mejor no veas, no sepas nada. Escondete en tus restos y esperá lo que se viene como hago yo.

Hey ¿qué pasó?

¿Qué hacés cabeza?

Uyyyy podés levantar el brazo derecho.

No, no, no trates con el izquierdo que lo tenés canalizado. Ése dejalo quieto. Ay, si pudieras oírme. No muevas tanto el brazo porque estás conectado a cosas por todas partes. Vos no te das cuenta porque no podés ver, pero yo sí.

Quedate tranquilo.

Eso. Así.

Así. Tranquilo.

Quietito cabeza. Shhhhhhhhh.

No, no... te dije quieto. Si pudieras oírme.

Pará ¿ahora qué hacés? dejá el brazo quieto que te vas a arrancar todos los cables.

¿Por qué agarrás la sábana? no la estires que se va a caer al suelo y vas a quedar destapado. Vas a tener frío.

Esa sábana de mierda se desliza fácil y se cae de nada. Te vas a quedar desnudo cabeza.

¡Te lo dije! Se cayó. ¿No te lo dije?

Ayyy cabeza cómo te dejaron, Dios mío... los costurones de tu cuerpo quedaron expuestos. Un impresionante cierre relámpago zigzaguea tu piel pintada con iodo desde la parte superior del pecho hasta las inmediaciones del ombligo.

¡Qué desastre te hicieron!

Quedate quieto cabeza... quieto.

¿Nadie lo ve?

¿Nadie ve que se quedó sin la sábana? Que lo tapen pobre hombre.

Cabeza ¿estás loco? ¿qué hacés?

No te toques así, pará un poco, estás muy mal y no te das cuenta de...

¡No creo lo que veo, no puede ser!

Cabeza lleva la mano que tiene libre hacia su pene, lo empuña desde la base y sosteniéndolo con firmeza sube hasta la punta y baja, sube y baja, sube y baja, sube y baja, sube y baja, sube y baja, sube y baja.

Baja con tal intensidad que en cualquier momento va a reventarse los testículos

con la culata de su propia mano, y sube con tal frenesí que falta poco para que desprenda el glande y lo haga volar por los aires.

¡Qué manera desafortada de resistir!

Cabeza, tu pene morado sigue elevándose, como un obelisco egipcio, una torre en llamas o mejor un cañón inmenso cuyo disparo abrirá un boquete en el techo del lugar para que todos escapemos.

¡Dale más fuerte cabeza y hacenos escapar!

¡Hacenos escapar, por favor!

¡Quiero escapar!

Es increíble que un cuerpo dado casi por muerto presente semejante batalla.

Ahora comprendo por qué ellos estaban preocupados, por qué ellos se sentían incómodos.

¡Cabeza sos una carcajada burlesca!

Burla. Más burla.

Estallido vital.

Acercan los biombos para que no veamos la insolencia de un medio muerto que todavía se permite ser.

¡Cabeza querido, no dejes que te lo impidan!

Seguí así. Dale. Sí. Sí. Sí. Sí. Sí. Sí. Así. Más. Más. Más.

Dale más.

¡Vamos cabeza, hacenos escapar!

Ellos tratan de detenerlo pero cabeza no suelta su pene a punto de reventar. No lo va a soltar. Él está tan lejos de este lugar de mierda, tan lejos.

Estás casi libre cabecita, te falta poco.

Dale más. Más.

El jubiloso regodeo de cabeza los avasalla, la baba que desciende por las comisuras de sus labios es una afrenta imperdonable en este lugar donde no se permite el alivio.

¡Suéltelo basuras! ¡No lo agarren!

¡Cabeza resistí, no te dejes atar!

¡Seguí, seguí con tu última fuerza!

A pesar de los forcejeos disimulados con elegancia minimalista, ellos no logran detenerlo.

¡Viva cabecita!

¡Qué chorro de dignidad!

¡Vida brotando!

¡Qué maravilla!

Cabeza les rocía los delantales gloriosamente.

Me siento ir. . . me pierdo, me desvanezco. . .

Espantapájaros

Desprevenidamente, en torno a mi cama las cosas comienzan a girar. El ángulo de incidencia de las luces varía, los bastidores son reemplazados por otros, el espacio se ensancha y el repertorio de movimientos aumenta. Tengo la sensación de estar en el centro de un escenario móvil cuyo decorado cambia a toda velocidad durante el entreacto.

De pronto, volátiles encapuchados asoman sus contornos en los bordes de mi confinamiento. Ellos apoyan sus figuras difusas sobre mis pupilas y cuando logro discernir la mirada descubro que son espantapájaros. Torpes espantapájaros cuyas narices y bocas permanecen enmascaradas por barbijos verdes, con batas al tono para mantener limpios los armazones y ridículas gorras en las cabezas que hasta a los mismos cuervos espantan. Sus disfraces surten efecto porque en el cielo del lugar no vuela ni un solo pájaro.

Las voces de los espantapájaros –porque éstos tienen habla– suenan distorsionadas, quizá por los barbijos, aún así creo oír que intentarán hacer una tunelización para destapar la fístula.

La persona en mí me llama, me pide que reaccione y les explique que cada vez que lo intentaron no funcionó: “Ángela, deciles que no lo hagan porque tus brazos son terrenos de pruebas demasiado gastados, ya no hay lugar en ellos para un experimento más”.

¿Pero quién le cree a alguien que nadie oye?

* * * *

“Ángela, soy yo: Ángela.

Oíme. Oíme bien, no son espantapájaros son médicos. Deciles que no querés otra encarnizada tunelización. Recordales que en el pasado ya te hicieron nueve. Basta con mirarte los brazos, con palparte esas arterias y venas injuriadas para abandonar la idea. Oponete. No les permitas otro ensayo, no más prueba y error. Detenelos.”

-Doctor, doctor. . .doctor. . .

-Tranquilita Zaño, la sacamos un rato de la terapia para traerla al quirófano. Ahora vamos a intentar destaparle la fístula.

-No, doctor. . . otra vez no. Después de la última dijeron que ya no había más espacio para intentos.

-Tranquila Zaño, ya lo sabemos, pero de todos modos pensamos desmantelar la última prótesis, destapar un tramo bien extenso y colocar una nueva más larga y de mayor grosor.

-Doctor. . . doctor, por favor, no. Las últimas veces que lo hicieron me destrozaron los brazos y fue en vano. Ya lo saben. Por favor.

-Zaño, tranquila, piense que si probamos no perdemos nada.

-Sí, pierdo. Pierdo siempre y duele mucho.

-Vamos Zaño, aguántese un poco más. Con todo lo que aguantó, ¿va a arrugar justo ahora?

-Doctor, le pido que paren, no quiero que sigan.

-Usted sabe que este procedimiento hay que hacerlo con poca anestesia local porque el brazo debe conservar el movimiento para corroborar la circulación, pero esta no es una razón que justifique no probar otra vez.

-Doctor, no, no sirve, ya saben que no sirve. No lo hagan.

-Shhhhhhhhhhhhhhhhhhhhh, tranquila que vamos a empezar.

** * * **

“¿Ángela, estás ahí?”

¡Ángela oíme: soy Ángela, oíme te digo, oíme! . . .”

No, no oigo nada porque no soy dueña de mí. Qué estúpida sueño rogándole a un puñado de espantapájaros sordos.

Recuerdo algo que leí una vez, la historia de un rey francés –no sé cuál- que tenía una malformación en su ano, una cosa rara en el recto que le traía muchos problemas al cagar, entonces con la intención de ser operado correctamente, porque él era el rey, mandó a matar a treinta criminales para que los cirujanos practicasen en sus cuerpos y perfeccionaran las técnicas quirúrgicas antes de intervenirlo. Al rey le quedó el culo perfecto y yo me pregunto: ¿la criminal de cuál rey soy?

Nosotros, ¿los criminales de cuál rey seremos?

** * * **

Comienza el ritual. Los espantapájaros elongan las manos y prueban la movilidad de sus dedos de alambre, el roce de las prolongaciones puntiagudas produce chasquidos inquietantes. Una vez preparados, los dedos punzones señalan la parcela de mi brazo: “hay que espantar ahí”. El espantapájaros mayor (que posee la

hoz) desenfunda el filo y abre el surco, justo bajo mi axila derecha. Una línea de sangre fluye hacia abajo a lo largo del brazo. De inmediato los otros introducen sus alambres dentro de la abertura, escarban profundo hasta alcanzar el cañamazo y una vez allí los hacen rotar como si fueran sacacorchos. Súbitamente, los alambres rotatorios se detienen y abren sus paraguas filamentosos, ampliando el espacio para la acción de los demás utensilios. En fracción de segundos, el espantapájaros del rastrillo mete sus guinchos y empieza a arrancar terrones, al mismo tiempo que el espantapájaros mayor abre un nuevo surco, esta vez más grande, cerca de la cara interna del antebrazo. De esta segunda hendidura mana otra línea de sangre que, calcada de la anterior, fluye hacia la muñeca al encuentro de su hermana. El surco repetido sirve de entrada a los alambres con extremos provistos de diminutos discos de acero. Su función es desmontar las cañas problemáticas y lo hacen avanzando a dentelladas intermitentes, pero en esta ocasión los obstáculos a los que se enfrentan parecen requerir maniobras de labranza mayor. La decisión de ponerlas en práctica no se demora pues los espantapájaros desconocen la duda. Debido al calibre de las herramientas necesarias, el espantapájaros de la hoz abre un tercer surco y excava rápidamente en su interior allanando así el camino para la próxima siega. Los borbotones de sangre que fluyen de la tercera hendidura superan preocupantemente a sus líneas predecesoras y las envuelven en una única hemorragia. Los obtusos espantapájaros se niegan a reconocer la equivocación: esta tierra no es para ellos, sin embargo, desoyendo la advertencia y aún a sabiendas del seguro fracaso, insisten en ignorar el previsible desenlace y arremeten ciegamente con los alambres dotados de pequeñas hélices tractoras. El estropicio que causan es inenarrable.

Día polar

“No Ángela, no lo veas. Soy Ángela: pensá en mí, puedo sostenerte”.

No, no puedo porque han hecho una pileta de sangre mi mente y en cualquier momento me desfondo. Se hace sangría el mar, con la sangre va, empaña tu rostro Ángela y si no te veo a vos entonces veo lo otro: el lugar, la morcilla del lugar, una morcilla del tamaño de un brazo en compota.

¡Qué pavor se apodera de las pupilas al observar la urdimbre de hematomas y derrames! Desde el flanco derecho de la cama aflora la morcilla como un promontorio de agrietadas rocas gelatinosas o un mamotreto de carne violácea mordido por sus propias heridas transformadas en bocas. Los gritos lanzados desde esos labios meten miedo a cualquier ojo.

Alguien desconocido me murmura al oído: “Ostentatio vulnerum”. ¿Qué?

Se me cierran los ojos. . .

* * * *

Salgo del momentáneo desvanecimiento y reconozco el lugar, ¡por Dios no, otra vez en el lugar! Me veo como la mariposa, tronco y alas clavados en el telgopor dentro de una prematura cajita de domesticación eterna. ¿Cuánto habré de retorcerme para que ellos arriben al hastío y decidan dejarme ir? Dejarme ir en cualquiera de los sentidos que esto signifique.

* * * *

Despierto una vez más y reconozco que aún soy. Puede sonar paradójico pero todavía me siento entera, quizá por eso están empecinados. En algún recóndito espacio de este cuerpo algo permanece intacto pero las sustancias que me inyectan a través de los tubos tienden a disolverme. Mi esfuerzo por retener la persona, por mantenerla reunida, es tan extenuante que en ciertos momentos, de duración imprecisa, trastabillo y termino rodando en el escenario de la disolución.

* * * *

¿Y ahora? ¿Cuánto tiempo pasó?

Quizá se trata de un gran día polar que dura medio año. Seis meses blancos y helados. ¡Siempre iluminado, siempre frío acá!

No tengo noticias de mi fisonomía y ya no recuerdo dónde vivía cuando lo hacía. Tampoco sé mi teléfono o si tengo que ir a la escuela hoy. No puedo recordar. La luz me hiere la memoria y el frío me seca el habla. Si la maestra me llama a dar la lección no voy a saber qué decir, me va a poner un cero, un cero como yo. Tengo que estudiar. Tengo que estudiar mucho. ¿Quién vendrá a buscarme para llevarme al colegio? Se hizo tan tarde y aún es de día. ¡Vos no sos mi hijo, salí de acá! ¡Salí te digo! ¿En dónde escondieron a mi hijo? ¡Suelten a mi esposo o los reviento! ¡¡¡Ay, nooo, seguro los mataron como a mí y les robaron todo!!!

* * * *

-Tenemos problemas con Zaño.

-¿Por qué?

-El catéter no está permeable.

-¿Seguro?

-Me parece que se tapó porque la bomba no sube a más de 120.

-Dejame ver... sí... ¿intentaste aumentarla?

-Sí, sí, pero no pasa de 120 y no quiero forzar el material.

-A ver...desconectala que vamos a pasarle unos flujos de suero con heparina. Si es un coágulo chico se va a disolver.

-Está bien.

-Pasale dos.

-Encima estos tramos son demasiado largos.

-No importa, eso es lo de menos.

-Doctor Zaragoza lo llaman de guardia... es urgente... ingresaron al senador Trevicio y quieren que lo atienda usted personalmente.

-Deciles que ya bajo. Pasale uno más, esperá 10 minutos y conectala otra vez. Apenas me desocupe subo a verla. Ferrichan ya tendría que estar acá... que la vea él hasta que yo pueda volver.

* * * *

-Hola... vengo puteando como loco contra las marchas. En Callao cortaron todo, hay un embotellamiento impresionante. Perdí más de cuarenta minutos dando vueltas por las laterales. ¿Qué pasa?

-Doctor Ferrichan a Zaño se le tapó el catéter.

-Pucha... cartón lleno. Hoy ni tendría que haberme levantado. ¿La vio Zaragoza?

-Sí, pero se tuvo que ir a la guardia porque trajeron al senador Trevicio.

-Miralo vos a Zaragoza, dentro de poco lo tenemos de ministro de salud. ¿Cuánto la dializaron? ¿Cómo tiene los valores?

-No llegamos ni a los 15 minutos porque la máquina empezó con las alarmas y los valores están mal. ¿Qué hacemos?

-Uffffffh, ¿le pasaron flujos de heparina?

-Sí, el doctor Zaragoza le hizo pasar tres... pero cuando la volvimos a conectar no funcionó.

-Entonces vamos a probar con un flujo de uroquinasa.

-No tenemos uroquinasa.

-¿Se acabó?

-No hay desde que se terminó el 1 a 1. Los importadores la subieron por las nubes y el hospital no compró más.

-¿Y ahora qué?...así no se puede viejo...y bueh entonces que los de cardio le pongan otro catéter.

-¿Le avisamos al doctor Zaragoza?

-No, no lo llamen. Déjenlo que está ocupado con la realeza. Igual estaría de acuerdo conmigo porque va a ser lo más rápido. Mientras tanto pregunten en cardio si la mandamos al quirófano o si va a venir alguno a reemplazárselo acá mismo. Esto tiene que hacerse esta tarde porque hay que dializarla sí o sí.

* * * *

No los imaginé... eran de verdad. Mi príncipe y mi rey. Sólo les permitieron quedarse veinte minutos. De aquellos momentos tenues, lo único que recuerdo claramente son miradas. La de mi hijo –criatura indefensa, aunque mida un metro ochenta y tenga treinta años- fue la primera mirada que reflejó mi orfandad, lo dijeron sus pupilas dilatadas y la oscuridad que pesaba sobre sus cejas: íbamos a perdernos. La mirada enamorada de mi gordo canoso hizo un último intento por retener la persona que ya no cabría en otro beso. Por esos cuatro ojos, ojos-amores de mi vida, yo soy capaz de soportar lo insoportable. En un instante, la mirada de mi siempre pequeño niño se desprendió con inocencia como lo hace el cachorro cuando lo destetan y no sabe lo que viene; la de mi esposo, humeante, descansó en las lágrimas de mi propia mirada.

Los sacaron. Se los llevaron. No los dejaron quedarse más. Cuando eso sucede sus rostros estallan y otra vez centellean las rebeldes pupilas de mi hijo. Aferrados a mí, más que yo misma, regresan. Los ojos de mi gordo me abrazan. Y nuevamente, una

voz distante, cascada por el tiempo, toma mi cabeza por asalto. Esa voz que pronunció sus primeras palabras hace un tiempo atrás para insinuar: "Ángela, no vas a salvarte. No vas a salvarte".

* * * *

-¿Doctor Ferrichan quería verme?

-Sí doctor Riere, necesitamos reemplazar el catéter de esta paciente.

-¿Por qué? ¿agotó vías?

-Probamos con flujos de heparina y no respondió.

-¿Y uroquinasa?

-Uroquinasa no tenemos por eso pensé que...

-Mire Ferrichan, pensó... pensó ¿en qué? por lo que veo no pensó en la paciente. Antes de remover el catéter muévale el traste a los de suministros y exíjales que consigan la uroquinasa.

-Esta no es la primera vez que pasa algo así, la responsabilidad no me corresp...

-Una sola ampolla de 100 le va a evitar serias complicaciones a la paciente. Estamos hablando de una am-po-lla. Una.

-Doctor Riere mi trabajo no es resolver las cuestiones econ...

-Doctor Ferrichan su trabajo consiste en brindar la mejor atención al paciente. Y usted sabe bien, porque así lo demuestran los estudios

randomizados, que una sustitución de catéter sobre alambre-guía aumenta el riesgo de sepsis, pudiendo además complicarse con malposición, embolia aérea, circulación de trombos sépticos y arritmias cardíacas.

-Por supuesto que lo sé pero...

-Y bueno... ¿me va a decir que es capaz de exponer a un paciente crítico a riesgos innecesarios con tal de no hacer unas llamadas? Los dos sabemos que si usted quiere puede conseguir una ampolla y...

-No son sólo llamadas, mi posición es clara respecto de...

-Ferrichan lo único claro acá es que tiene un par de horas para conseguir una ampollita ¿le parece que podrá?...yo creo que sí, usted es un hombre talentoso y no dudo que lo logre.

-Está bien doctor Riere, si ponemos la discusión en estos términos...

-Esta discusión es ridícula Ferrichan y usted lo sabe, nunca tendría que haber ocurrido.

-O.K Riere, yo me ocupo de conseguir la uroquinasa y terminamos con este problemita.

-Perfecto. Este problemita nos vino bien para volver a hacer foco en lo importante. Lo que a usted y a mí nos preocupa es la calidad de vida del paciente ¿o no?

-Sí.

-Bueno Ferrichan, por la noche, antes de irme voy a pasar para ver cómo les fue a Zaño y a su catéter.

-Como quiera.

-Sí, eso quiero.

* * * *

Estuve dormida (o despierta) unos instantes (u horas) y al abrir (o cerrar) los párpados advierto con sorpresa que todavía no me cancelaron.

Siento las nalgas pegajosas, enmohecidas y qué curioso ¡nada me tranquilizaría más que alguien me limpiara el culo y me lo dejara bien sequito! porque ya ni siquiera pienso en escapar del lugar o en olvidar el cuerpo. No, nada de eso. Quizá sea mejor aceptar que merezco esta tortura, quizá soy mala de veras y ellos no hacen más que impartirme el castigo merecido. "Algo habrá hecho. . ." Y sí, debe ser así, no hay otra explicación coherente para este escarnio. Algo debo haber hecho, algo debe haber hecho la mujer, algo debe haber hecho la vieja, algo debe haber hecho el hombre de la tercera cama, algo debe haber hecho cabeza, algo debemos haber hecho todos que justifique esta violencia.

Pero ¿y si no?, ¿si no hice nada? Si no hicimos nada ¿por qué entonces? No, no puede ser. Algo habremos hecho porque ¿qué clase de bestias se ensañan por nada? No, esto pasa porque debo ser mala en serio. Sí, soy muy mala. Soy una porquería. Soy un asco. Somos unos asquerosos desperdicios. La mierda más grande. Somos cuerpos estropeados, nacidos para ser estropeados.

* * * *

Permanezco largo tiempo con los párpados cerrados convencida que así podré proteger a mis pupilas del encandilamiento. El día polar provoca estragos en mis ojos y ninguna de las gotas que me ponen hacen efecto. Los lagrimales trabajan sin interrupción y nadie acierta la manera de detenerlos. Cuando a mi hijo lo dejaron entrar me susurró: “Mamá, por favor no llores más”. Pobre, no se da cuenta que hace mucho tiempo que no lloro. Estas no son lágrimas vivas, son sólo agua. Agua salada.

* * * *

-Doctor Ferrichan, teléfono de suministros para usted.

-A ver...hola...sí él habla...ah perfecto...sí, mándela ahora. Hasta luego.

Por fin consiguieron la uroquinasa para Zaño, ya me la traen. Menos mal, así me saco el grano que me salió en el culo.

-¿Quién? ¿Lo decís por Riere?

-Sí. Parece que al viejo se le dio por ser el cuidador de los indefensos. Le agarró un ataque de Teresa de Calcuta.

-¿Y por qué lo llamaste a él? si sabés que no lo llaman porque siempre crea problemas. Es un obsesivo el tipo. La tiene con que los pacientes no son un número, con que a los pacientes hay que hablarles y toda la boludez.

-Sí, ya sé, pero cuando llamé a cardio estaba él y vino. ¿Qué le iba a decir? “a usted no lo quiero” ...no podía. Y la verdad es que el viejo es el mejor pero tiene esa puta manía del franeleo con el paciente.

-Siempre fue así y los becarios de él tienen todos la misma manía.

-Problema de ellos, lo malo es que después nos rompen las pelotas a nosotros. Bueh, pasémosle el flujo de uroquinasa a Zaño, así cuando viene Riere ya está solucionado el tema del catéter y no jode más.

* * * *

-Veo que no le fue tan terrible conseguir la uroquinasa.

- ...

-Está muy callado doctor Ferrichan.

-Es que no tengo mucho para decirle doctor Riere. Ya le destapamos el catéter a Zaño y está funcionando bien.

-Bueno, bueno, me alegro por la paciente. Ahora la voy a revisar.

-Como quiera.

-Hola señora ¿cómo se siente?

-... ¿me habla a mí?

-Sí, Ángela, soy el doctor Riere, hoy vine a verla temprano cuando tenía problemas con el catéter pero usted estaba sedada y seguramente no se acuerda.

-¿Me habla a mí?

-Sí Ángela, le hablo a usted. Quería explicarle que ahora su catéter funciona bien y que su estado general se ha compensado. Si bien está muy delicada, su evolución es favorable y su pronóstico es bueno. De a poco, se irá recuperando.

-¿Sí?

-Claro Ángela, no se preocupe. Ahora trate de descansar lo más que pueda. Cualquier duda que tenga pida que me llamen.

-Gracias doctor.

-Buenas noches Ángela.

-Buenas noches.

Justicia

Hace tanto tiempo que no me entrego sin reservas que ya no recuerdo cómo ni de qué manera. Aquí toman todo de mí sin preguntar. Quiero abrirme pero no ser abierta a la fuerza. Quisiera que alguien entrara en mí, donde ellos ni siquiera imaginan.

Ya no tolero oír a los médicos hablar sobre el catálogo de bazar clínico que ellos llaman “mi historia”. ¿Historia, el papel que describe impolutamente un stock de piezas perdidas? ¿No han escrito demasiado acerca de restos grotescos y diversidades aberrantes? Me harta la jerga científica, estoy podrida de tanta prosa higiénica y frases en estado de coma.

¿Quién le haría justicia poética a lo que realmente es un destierro? ¿Quién arriesgaría nombrar a mis partes removidas como lo que en verdad fueron? Alguien debería.

Otras palabras para decir riñones, útero, ovarios, vesícula, tramos de arterias, pedazos de intestino, apéndice. . .

*Cálices sensatos
moderadores
de la densidad*

*Nutricia cuna
refugio
del porvenir*

*Óvalos espumosos
semilleros
de la posibilidad*

*Excelsa botica
vertedora
de jugos y sales*

*Red elástica
guía
del flujo vital*

*Túnel vibrante
pareja
del tránsito*

*Confín dilatado
resabio
de la derecha caduca*

¿Será que sólo en mi revés eran así?

*Fuera de contexto no hay historia que los nombre, del otro lado de la divisoria
forman parte del hipocrático gabinete de curiosidades.*

Sí, hace falta justicia.

* * * *

Luego de un tiempo corporal inconmensurable y habiendo agotado el repertorio de intervenciones posibles, el vocero de los expertos le anunció el alta: “-¿Quién lo hubiera dicho Zaño, vio? usted creía que nunca la íbamos a soltar y finalmente la dejamos ir”. Con extrema prolijidad organizó el papeleo por triplicado, firmó la salida y ordenó el traslado al habitual centro de

tratamiento. Ángela desconfiaba, estaba segura que había alguna trampa, intuía que en el momento menos esperado alguien diría que se trataba de un error y la arrumbarían nuevamente. Pero pese a las oscuras predicciones de aquellos que ya la daban por desaparecida, ella logró abandonar el lugar.

Ángela salió a la calle.

Mientras tanto, en el centro de diálisis la esperaba la máquina para reincorporarla a la antigua rutina del filtrado.

Calles

Ver la vida en las calles nuevamente me parece increíble. Siento que estuve fuera de ella demasiado tiempo.

Los colores. La brisa. El movimiento. Los aromas. El calor del sol. Tengo una profunda sensación de irrealidad.

Todo puede desvanecerse, de pronto.

En un instante podrían abrirse grietas que se tragaran a las personas, a los perros y a los árboles.

Pero no.

Pasa el instante y la vida continúa. Me maravilla. Así fue mientras no estuve aquí y así seguirá.

Me siento minúscula y universal al mismo tiempo.

Es extraño pero lo primero que me viene a la mente en la calle es la escena de una película. Sí, una película rusa. De Andrei Tarkovski.

La película comenzaba con un vuelo en globo. Un brevísimo vuelo que guardo en mi corazón como si se tratara de algo vivido en carne propia. Yo fui... yo me siento igual que ese campesino que fabricó un globo en el siglo XV. Tengo el sueño imposible de volar.

Soy él.

La sólida torre de la iglesia al borde del río parece ser el punto propicio del cual lanzarme. Hice mi globo con cueros de animales, pieles y trozos de telas. "Volar no es para vosotros", dicen los religiosos. Ellos lo consideran una herejía y van a tratar de impedírmelo. ¡Qué va! Los míos continúan atizando el fuego y calentando el aire.

Hace un frío hiriente. La columna de humo y aire en ascenso alimenta mi creación. El globo traga bocanadas negras y gana altura poco a poco. Las cuerdas que lo amarran lo dejan llegar hasta la parte superior de la torre. Elevado. Flotante. Espera. Yo devoro uno a uno los peldaños de la torre para alcanzarlo mientras los míos luchan abajo contra los monjes que intentan cortar las sogas de mi sueño. Vienen tras de mí porque no lo soportan. Ni siquiera la idea. Llegan pisándome los talones. Me persiguen por el agua. Cruzan el río en sus canoas. Cruzan sólo para impedir que alguien simple, como yo, ascienda. Pero logro engarzar el arnés y comienzo a separarme de la torre. Puedo elevarme.

¡Puedo elevarme y por primera vez penetro en el misterio de la otra mirada!

¡Vuelo!

Me alejo de la torre. Veo los detalles de los bajorrelieves en la fachada de la iglesia. Abajo continúan forcejeando, siguen peleando y yo me alejo. El viento me arrastra en su cauce poroso. Grito y grito y grito porque no puedo creer lo que está sucediendo. Por el río suben las canoas con los rezagados. No pueden alcanzarme y ahora jamás lo harán. Nunca me alcanzarán porque vuelo. Les grito. Grito de alegría y de locura. Sobre la planicie veo la estampida de caballos en miniatura. Corro por el aire más rápido que ellos. Pequeños árboles, breves árboles, diminutos árboles salpican el tapiz de la tierra castigada. Los meandros del río dibujan extensos mensajes en los albardones y sólo mi mirada tiene la visión de su conjunto. Desde el cielo puedo leer la tierra y el trabajo de los hombres sobre ella. Sobrevuelo a gran velocidad sobre los retazos de campos y admiro las pequeñas construcciones, casi imaginarias. Desde aquí ¡qué breves son las cosas y los hombres! Me asombran los bordes caprichosos de las lagunas y de las nubes y descubro en los cuerpos de agua y en las bandadas de aire

en movimiento formas y figuras reconocibles. Ahora mismo este chorro de viento me arroja sobre las nubes que se deshacen. Abajo veo caras y perfiles de bestias aladas, lagunas con forma de osos, valles como campanas, contornos de martillos, tazones, más viento. Con otras voces de aire, otros silbidos. Sonidos nuevos.

¡Todo este mundo!

La excitación me nubla la vista por un instante y entonces noto que la tierra viene a mi encuentro, me reclama. Las miniaturas abandonan sus pequeñeces, recuperan tamaño, ya no son puntos en movimiento, son caballos otra vez, vuelven a galopar con sus crines distinguibles. El río asciende hacia mí y pretende desembocar en la entrada del cielo. ¡Nooooo! ¡Nooo, soy yo quien pierde altura! Soy yo quien va hacia ellos en picada.

Los jirones de mi sueño ceden, el cuero no resiste. Mi globo se precipita irremediablemente. Grito con desesperación. Sólo oigo mis propios gritos. Son gemidos de caer al mundo.

Caigo hacia el mundo.

¡Jamás una caída como ésta! ¡Única! ¡Última!

Mi mirada de planeta, infinita, se estrella contra la orilla del río.

Anticipación

La primera noche luego que volví a casa, mi príncipe y mi rey estaban levantando la mesa y lavando los platos. Despacio me fui al dormitorio y me acosté. Si bien no estaba inquieta, dejé parte de la persiana levantada por si acaso la noche se arrepintiera de bajar su telón más oscuro.

Apagué la luz del velador y fue como si apagara el mundo. Por la ventana no entraba ni un hilo de claridad, parecía tapiada. Repitiendo el ritual de cada noche, mi gata desparramó su ser felino con sigilo a los pies de la cama.

Me encanta cuando los gatos, creen que al moverse muy lentamente o al permanecer casi inmóviles no son vistos. Ponen en juego esa condición de "invisibilidad" que, suponen, los hace transparentes e invulnerables. Estoy segura que Pally tiene el convencimiento de no ser advertida por mí cada vez que roba restos de la basura. Me gusta seguirle la pista. Hago que no la veo pero de repente me doy vuelta y la miro. Ella se detiene y queda congelada. Ya no es una gata. Es una estatua. O una gata invisible que me mira por el rabillo del ojo. La protege su camuflaje imaginario. Apenas me distraigo o no sostengo la mirada, ella reanuda su actividad. Nunca la he visto. Ella jamás ha robado. Las cosas desaparecen porque así son.

Pally acababa de hacerlo una vez más. Yo no me daba cuenta que ese bulto calentito sobre mis pies era ella haciéndome creer que dormía en el living. Sucede que los animales tienen una imaginación formidable.

Me costó un gran esfuerzo alcanzar el sueño pero finalmente me dormí. Creo. Quiero creer que lo que recuerdo de esa noche es una pesadilla. De lo contrario, tuve una experiencia extraordinaria que no podré contar a nadie porque ningún mortal

daría crédito a mis palabras. Pura ficción, dirían. O quizá tenga la imaginación frondosa de los animales. Quién sabe, no logro hacerme invisible pero, tal vez, sea cierto que puedo experimentar encuentros sobrenaturales. Me tranquilizaría confirmar la posibilidad onírica pues no me entusiasma la idea de un encuentro real con la muerte.

Reconozco que nunca había tenido un sueño tan vívido como ese. Si en verdad se trataba de un sueño era el primero de su tipo en toda mi vida. No querría que se repitiera. De cualquier manera sucedió. Sueño o no. Lo viví.

Acostada en mi cama, pensaba. O quizá ya dormía. Estaba durmiendo o soñando un sueño dentro de otro sueño, sin saberlo. Luego de una intrincada red de reflexiones y asociaciones profundas, descubría en mí un poder. Dicho poder consistía en la capacidad de mantener una conexión con los muertos.

Entre una multitud, yo distinguía a los muertos de los vivos. Según la lógica interna del sueño, mi don me permitía visualizar la superposición de dos dimensiones que jamás entran en contacto. Podía ver tanto el universo de los vivos como el de los difuntos y reconocer a unos y a otros.

Semejante revelación me causaba una crisis nerviosa. Comenzaba a gritar y mis gritos me despertaban. Encendía la luz. Y aún exaltada, comprobaba que estaba a salvo. No tenía ninguna habilidad especial. Reconfortada, inspiraba una gran bocanada de aire. Volvía a acomodarme entre las sábanas. Apagaba la luz.

A los pocos segundos, sentí que había alguien en el corredor frente a la habitación. Percibí una presencia poderosísima que se acercaba. Doblé el pie bajo las mantas para alcanzar a Pally. Sentí su calor. Eso me calmó, aunque de inmediato me dí cuenta que no se movía. Volví a tocarla con los dos pies pero no respondió. En voz baja

le dije: "Pally, ¿qué pasa?, Pally, peludita..." pero no tuve respuesta.

Supe entonces que la presencia ya estaba dentro de la habitación, más precisamente en la puerta. Pensé, "voy a hacer lo mismo que Pally, quedarme inmóvil". Contuve la respiración creyendo que mi camuflaje podría disuadirla pero la presencia estaba cada vez más cerca. Se aproximó bordeando la cama.

Reinaba un silencio helado y antinatural. Tanto es así que mis pensamientos comenzaron a escucharse como si hablara en voz alta. Yo me oía pensar: "¿Quién será?, ¿qué será?, ¿es un ser o es otra cosa?", "shhhh ¿por qué oigo lo que digo?, no, por favor, me va a escuchar". Y la presencia me oyó, lo sé. No podía evitar los pensamientos. "¿Cómo hago para no pensar? No puedo. Mis pensamientos me delatan. Estoy perdida. No estoy acá. Que no se acerque más. Que venga mi gordo a la cama, pronto. Piedad, que no se acerque más".

En la total oscuridad sentí cómo la presencia se sentó en el lado izquierdo de la cama, donde duerme mi gordo. Se pegó a mí. Era muy pesada. Lo noté porque las mantas quedaron tirantes en ese costado de mi cuerpo. Comprendí que era inútil continuar fingiendo que no estaba allí.

El vértigo del terror me succionó mientras ella permanecía atornillada a mi lado. Posó su poder sobre mí. Por un segundo deseé que fuera mi madre muerta que venía a tocarme pero la sensación de negritud colmaba el aire. No podía ser mamá. Aún sabiéndome derrotada lo intenté, le grité: "¡¡¡Mamá, mamá, por favor!!!" y ella furiosa descubrió su identidad. Era Muerte. Venía para llevarme.

Tenía una fuerza arrolladora. Me tomó de los brazos para despegarme de la cama y ví de reojo su vacío negro, su cara de nada, era nada. Fue el peor espanto de la vida. Lo último que vería. Quise gritar para que mi hijo o mi gordo me ayudaran pero

Muerte ya me había quitado el habla. "Noooooooooooo. Tengo que llegar al velador. Si enciendo la luz, me salvo", pensé. Levanté uno de los brazos a una velocidad inimaginable y alcancé el interruptor. La luz. Luz. Vida.

Miré a mi izquierda y no había nadie. Ni siquiera Pally. Tiré las mantas al suelo y arranqué las sábanas. Observé a mi alrededor. Todo estaba igual. Me senté en la cama porque el pánico no me dejaba pensar con claridad. Las palpitaciones me iban a destrozarse el corazón. La lámpara del velador empezó a titilar. "Que no se apague", dije. "Luz, no te apagues. Si se apaga estoy muerta".

La luz titiló durante un par de minutos y luego se estabilizó. Llamé a Pally varias veces pero no vino. Temí que Muerte me la hubiera arrancado. Con las piernas temblorosas me asomé al corredor. Allí estaba Pally, sentada al final del pasillo, inmobilizada, mirándome por el rabillo del ojo. Me agaché y le susurré: "Vení conmigo, ya terminó". Se acercó despacio y la abracé.

Insisto, ahora, después de lo que pasó, sé que es extremadamente peligroso pensar en la muerte con la intensidad que lo hice. Durante ese último mes tuve la certeza de que quería morir porque ya no podía soportar más la terapia intensiva. Nunca me había pasado, jamás me había dado por vencida pero cada momento de dolor que me atravesaba, sólo pensaba en que quería morir.

Cuando salí de la terapia, estaba segura sólo de una cosa: no iba a regresar a ese lugar nunca más. No podía hacerlo. Como sabía que no tendría el valor de suicidarme antes de que eso se repitiera imaginé que podría dejar de ser si realmente me lo proponía. Por casualidad o no, descubrí que era capaz de sumergirme dentro de mi propia mente y ahogarme. "Si lograra permanecer el tiempo necesario bajo el agua mental lo conseguiría", pensé.

El principio básico es el mismo que el de la muerte por asfixia. La clave consiste en dejar de respirar. El problema radica en que la respiración es una función involuntaria, por lo cual, uno no decide dejar de hacerlo. Pero si hipotéticamente una persona alcanzara un estado de conciencia tal que contrarrestara los mecanismos involuntarios, entonces podría caer en una primera etapa de desvanecimiento seguida de una segunda etapa más profunda en la que otros circuitos operarían la interrupción de la respiración.

Por supuesto, mi idea tenía muchas fallas y se basaba en meras especulaciones fantasiosas. Aún así no la descarté porque no me veía a mí misma cortándome las venas, disparándome un balazo, tomando una sobredosis de píldoras o tirándome bajo un tren. Nunca haría nada de eso. ¿Nunca haría algo así? ¿Lo sé con certeza?

Necesitaba algo seguro. Morirme en un sueño profundo dentro de mí misma era ideal. Lo anhelaba.

Las semanas anteriores a aquella noche convoqué a Muerte una y otra vez e incluso le escribí unas líneas:

*“Esa dulce invitación a no ser
no doler.*

Esa melancólica tentación

de lágrimas nodrizas

sumerge

ahoga, tiernamente.

No quiero ser descortés

no voy a rehusarme

*la vida
queda lejos
de este pecho”.*

Cansada de esperarla, convencida de que Muerte no vendría por mí, entendí que estaba sentenciada a seguir un tiempo. Debía cumplir mi condena. Esa noche me dormí sabiendo que viviría un poco más.

Maquinaciones

A veces creo que si desconectaran el enchufe de la máquina, ésta seguiría funcionando de todos modos. Carezco de la evidencia necesaria para demostrarlo pero tengo una terrible sospecha: quien verdaderamente hace funcionar a la máquina soy yo.

Nosotros.

Sólo en la Argentina somos diecisiete mil, a un promedio estimado de cuatro litros y medio por cuerpo, suma la nada despreciable cifra de setenta y seis mil quinientos. Son setenta y seis mil quinientos litros de sangre los que tres veces por semana durante cuatro horas, sin interrupción, alimentan a las máquinas -aun en los feriados-.

Efectivamente no hay días libres, vacaciones o algo semejante a un descanso para los setenta y seis mil quinientos litros de sangre en movimiento que entran y salen de las máquinas.

Los centros de hemodiálisis parecen urbanos tambos de leche roja y yo tengo las ubres agotadas.

Vamos Zaño dame sangre, dame más sangre, dame toda tu sangre. Está sucia y voy a lavártela. Le quitaré el ácido, le eliminaré las toxinas, la dejaré límpida, cristalina, purísima y me quedaré con los desperdicios de tu cuerpo indisciplinado. No te resistas al acuerdo Zaño, me necesitás para vivir.

No la necesito para vivir, dependo de ella que es algo muy diferente. Vivir es otra cosa, vivir es lo que trato de hacer a pesar suyo. De alguna manera, a muchos de nosotros ciertos avatares nos han convertido en dependientes. Todos los que estamos aquí dependemos de ellas. Estamos atados a máquinas disciplinarias que nos limpian la sangre porque nuestros riñones han dejado de hacerlo.

Zaño, ustedes tienen riñones perezosos, vagos, que no trabajan porque realmente no quieren hacerlo. Incluso, a algunos hasta hubo que llegar al límite de extirpárselos –como en tu caso- porque no sólo habían abandonado sus funciones renales sino que además se habían convertido en un mal ejemplo para el resto de los órganos. La desidia es contagiosa, por eso hay que tener mucho cuidado con las manzanas podridas porque terminan infectando a todo el cajón. Pero gracias a la avanzada tecnología y para remediar la situación improductiva en la que sus irresponsables riñones los han sumido estamos nosotras, idóneas sustitutas de las funciones de filtrado. Vamos Zaño, dame la sangre, dámela toda.

Si bien la máquina no tiene rostro, la imaginación me ha llevado a percibir en ella una especie de cara. Quizá la palabra cara no sea la más acertada, pero estoy segura de advertir en su mecanismo artificial una expresión, una actitud. Sí, cierta gestualidad emerge de su matriz metálica delineando contornos más allá de sus aristas angulosas. Como si pequeños cambios en la densidad del aire alcanzaran a esculpir sobre su impecable superficie una mirada incorpórea. Tal vez podría traducir mi

sensación si hablara de un orgullo mecánico que se palpa en la atmósfera del espacio que la circunda. Está orgullosa de su uniforme de máquina. ¿Es posible? Lleva su platinada pechera con cierto dejo de arrogancia. ¿Voy demasiado lejos si pienso que se considera a sí misma superior?

Si no estuviéramos nosotras para enderezarles esa sangre desviada que tienen ¿qué sería de ustedes? Nuestra gestión ha sido la más exitosa hasta el momento. Claro, no puedo -ni debo- ignorar el mérito que les corresponde a los bioingenieros diseñadores de este último modelo que nos ha hecho portadoras de las mejores credenciales. Pero más allá de la indudable capacidad de los científicos para diseñar y ensamblar prototipos cada vez más estilizados, hay que reconocer en esto nuestro propio logro. Efectivamente, y superando las expectativas de la comunidad tecnológica, los ensayos preliminares tuvieron mejores resultados que los esperados y la performance que hemos estado llevando a cabo con su camada tiene los récords de eficiencia más impactantes. Relativamente pocos de ustedes han muerto en el proceso y el resto se mantiene dentro de los límites de lo que podríamos considerar “sostenible” en casos como los suyos. Por ejemplo, vos Zaño, hace doce años que estás en este centro y desde que yo me ocupo de tu sangre hasta tenés mejor color. Porque bien sabemos -y así lo demuestra la experiencia- que no es sólo cuestión de chuparles la sangre y acabar con los pobres tipos. No. Lo nuestro es casi un apostolado, tenemos incorporados en los chips sofisticados programas de

limpieza sustentable. La sangre es un recurso muy valioso y como tal debe ser manipulado con el cuidado y el respeto que merece.

Mientras mi sangre recorre locamente el interior de las tubuladuras que la conducen a someterse dentro de esa caja negra, pienso que siendo tan feroz el programa maquinal, esa misma y ciega ferocidad podría llevarlo a su propia ruina. Mi fantasía es la siguiente: imagino que si alguien le disparara a la máquina, ésta de inmediato chuparía la sangre expelida por el impacto sin siquiera notar que proviene de su propia perforación. Recuerdo haber visto un documental de la vida submarina, sobre grandes tiburones blancos que desesperados por el hambre cuando eran arponeados tragaban su propia sangre y engullían las entrañas que les salían de sus heridas, y lo hacían sin detenerse hasta que la muerte los sorprendía exangües.

Digámoslo de una vez por todas, aceptarlo no les vendría nada mal, el cuerpo es corruptible. Sus organismos constituyen la evidencia fehaciente de un secreto a voces: la vergonzosa decadencia. Estos tristes cuerpos suyos que con dificultad arrastran sus miserias por las calles, son fuente constante de degeneración, de enfermedad, de anarquía orgánica y esas fallas no hacen más que introducir un imperdonable factor de ineficiencia en la comunidad. Evitemos la flojera, demos por tierra con los sentimentalismos baratos que tanto mal le hacen a nuestra tarea y reconozcamos que “Insuficiencia renal crónica” es el eufemismo de “Ineficiencia renal crónica”. Hay demasiada tibieza en ciertas definiciones y hace falta claridad para que nadie se confunda: un riñón

ocioso es un riñón ocioso acá o en la China. Todos ustedes son ineficientes crónicos y nuestro dispositivo posee la capacidad requerida para recomponer esta situación.

La consigna es precisa: separar la espiga de trigo de la paja seca. El futuro depende de nuestra calificada habilidad para discriminar los materiales útiles de la sangre y eliminar las indeseables sustancias que la tornan pestilente. La refinada depuración que con rigor cartesiano procuramos hacer extensiva hasta el último centímetro cúbico de sangre, les demostraré a ustedes cuál es el modo correcto de hacer las cosas.

Los mastines plomizos no son sino el brazo armado de los médicos, sus máquinas de guerra cuyo botín es la sangre, nuestra sangre. Estas máquinas fanáticas no tienen juicio ni moral, más bien opera en ellas un criterio utilitario sumamente abstracto que guía sus proceder con insulso automatismo. Yo, nosotros, somos su reserva permanente, su cuerpo estable de esclavos dadores, sus sachets de fluido, su petróleo rojo, su combustible humano.

Se aloja en la máquina algo que me es pavorosamente familiar, que presenta correspondencias y cruces con otras situaciones, haciendo patético eco de ciertas resonancias siniestras, de pesadillas pasadas, algo que podría encuadrar dentro de lo que se llama patrón; ahora pienso, qué curiosidad (o no) la palabra patrón en castellano refiere a una matriz escondida que se repite en diferentes estructuras, medios, sustratos, organizaciones, conductas, pero el otro significado de patrón alude a quien manda, a quien da las órdenes, a quien se le debe obediencia. Esta matriz o

patrón es quien manda: el modus operandi de la máquina se me impone, se nos impone día a día sin miramientos y con exigencias cada vez más ominosas.

Zaño, Zaño, me llegó el rumor que pensás convertirme en la delegada de la sala A. ¿Qué te pasa? ¿Andás con ganas de hacer despelote? ¿Querés impacientar a los demás pacientes? Parece que te sentís muy bien entonces, porque si además de dializarte te quedan ganas de joder quiere decir que en las últimas sesiones no te descompensaste ni un poco. Dejame ver qué puedo hacer. . . ¿Qué te parece si decido aumentar considerablemente la ultrafiltración sin incrementar los valores de sodio en el líquido de diálisis? sabés que eso produce inestabilidad cardiovascular y sabés también -porque te ha pasado- que las palpitations pueden ser muuuuuuuy molestas ¿no es cierto que no queremos una taquicardia? O si se me ocurre cambiar en mi programa el peso que trajiste hoy y en lugar de bajarte dos kilos digo que en realidad retuviste mucho líquido y te bajo cinco kilos. . .uyyyyy, qué feo, “Zaño la deshidratadita” te van a decir, ni te cuento los calambres que vas a tener en las piernas ¿pero para qué te digo esto si ya lo sabés de memoria?, ¿cuántas veces quedaste con las piernas retorcidas y los dedos doblados del dolor? ni siquiera a la noche en tu casa podías enderezarlos bien y dormir. O quizá prefieras que no te pase el glucosado con el suero hasta dejarte caer la presión arterial por el piso, ayyyyy, qué mal, esas náuseas merodeándote la garganta durante las cuatro horas de diálisis hasta que finalmente aflora el vómito inevitable. O tal vez decida no

regulararte la temperatura de modo adecuado y te caliente la sangre hasta los cuarenta grados. En fin, hay otras medidas más drásticas que podrían aplacar rápidamente tu temperamento pero ¿para qué arriesgar la vida? ¿Verdad que no será necesario? Vamos Zaño, dame la sangre. Eso es lo único que tenés que hacer sin vueltas ni reclamos: darme la sangre, toda la sangre Zaño.

No. Ni una sola gota más.

Ya no acepto las salvaciones que me tienen preparadas.

Ahora lo sé.

Voy a cerrar mis venas y arterias con toda la fuerza posible.

Tengo que ser valiente el tiempo necesario para mantenerlas cerradas herméticamente.

Herméticamente cerradas.

Así.

Así.

Índice

Ángela	
Ellos	
En el quirófano	
En la sala de ateneos	
En la terapia intermedia	
Bandera blanca	
La mujer	
La vieja	
En la terapia intermedia (al día siguiente)	
En la terapia intermedia (horas más tarde)	
Sala de terapia intensiva	
Veinte días después	
La sombra	
Cabeza	
Espantapájaros	
Día polar	
Justicia	

Calles

Anticipación

Maquinaciones